



DOMINGO DE PASCUA: ¡Por la vida!

A vosotros, y a mí, nos parece “normal” esto de vivir, compartiendo desde la mañana un buenos días, un beso y un desayuno, caminando hasta la esquina a comprar el diario y trenzar las horas para sentirnos nuevos, como el sol... Es tan “lo nuestro”, que no podemos pensarnos no viviendo y, aunque nos sabemos mortales, no nos vemos humo de ningún fuego. Acostumbrados tan a ser así, quizá no valoramos el hecho de vivir conscientemente, ni la solidaridad que nos une a cuanto ser vivo hay en el universo.

¿Qué es la vida que vivimos? Los biólogos nos ilustrarán sobre las células que nos organizan; los psicólogos y neurofisiólogos nos enseñarán acerca de nuestra conciencia y de su relación con el cuerpo que somos; los antropólogos iluminarán cómo son nuestras formas de actuar según las sociedades a las que perteneceremos; los teólogos fundamentarán la esperanza de vida eterna... pero ninguno de ellos podrá explicarnos la experiencia que cada uno de nosotros tiene de vivir. Experiencia agrídulce a veces, de crecimiento siempre, aunque a ratos tengamos la sensación de encogernos porque la vida también golpea. Experiencia relacional, porque vivimos con otros y solo en relación con ellos podemos comprendernos y diseñar nuestro futuro. Experiencia de afirmaciones, sí, pero casi más de preguntas, gracias a las cuales seguimos caminando sin parar. Experiencia del misterio, instalado en cada uno de nosotros y en la totalidad de la historia de la que formamos parte.

Escribo estas líneas a la medianoche entre el sábado y el domingo, cuando ya he asistido a la celebración televisada de la Pascua católica y llevo en el corazón las rocas que siguen tapando la boca de la gruta en que están encerrados todas y todos a quienes, por el momento, se les ha quitado la posibilidad de vivir “normalmente”. Y también a todas y todos los que no han salido de esa gruta durante muchas semanas y ahí seguirán, esta misma madrugada, esperando celebrar que, durante la noche, han desentubado a más de un Cristo crucificado por el covid19, que ha estado unos cuantos días sin la conciencia de vivir. A todas y todos los demás que se nos fueron en estos días, los hemos tenido prendidos en nuestro corazón y en nuestra fe, que los sitúa ya en la casa del Padre, como al Jesús litúrgicamente resucitado de esta noche.

Hoy no cuadra el “¡Felices Pascuas!” de otras veces, seamos honestos. Nos ha pillado este domingo con el paso cambiado y necesitamos tiempo para descubrir que la vida sigue bullente en nuestro frío confinado. Creo que lo mejor que podemos hacer es retrasar la Pascua que la liturgia ya ha celebrado, hasta que pase la hora nona en que se nos han desmoronado los templos que habíamos fabricado para creernos dioses. Y, entretanto, madurar en nuestro corazón la decisión firme de que somos llamados a resucitar; mejor dicho, a ser re-suscitados, que resucitar es un verbo transitivo y alguien nos está invitando a que re-spiremos, a que re-amemos, a que re-hagamos nuestros sistemas de relaciones sociales, a que re-vitalicemos nuestra ateridas muestras religiosas... a que colaboremos con el Buen Dios en la marcha hacia delante de la evolución que un día comenzó, cuando el Espíritu sobrevoló sobre la nada.

Es la hora de empezar de nuevo/ porque la luz de esta mañana/ no es la de ayer, por más que lo parezca;/ porque el amor de esta mañana/ no es el de ayer, por más que lo parezca;/ porque la luz de mañana y de pasado mañana/ y el amor de mañana y de pasado mañana/ todavía no son/ y hay que estrenarlos a su debido tiempo.

¡Por la vida! Un abrazo grande y fuerte a tod@s.